

Noches fantasma

John Farris

Traducción:
Lorenzo Luengo



Para Tom Doherty

En tiempos oscuros,
el ojo comienza a ver.
Theodore Roethke

1

Regreso a casa

Mala sangre

La muerte y el *Dixie Traveler*

Cuando Leland Howard salió de su coche, frente a la casa, vio a su hermanastro Saxby y a su cuñada Rose Heidi en el porche delantero; tal vez acababan de llegar o estaban a punto de irse, no podía estar seguro de qué era. En cualquier caso, Saxby había llegado antes.

Cómo no, pensó Leland. Sax había tenido un buen trecho por delante desde Elizabethton. El área de las Tres Ciudades, donde Sax tenía sus concesiones: Chevrolet y el equipo de granjas Case.

Era el 30 de julio y no soplaba ni una brizna de aire. No había llovido mucho en el oeste de Tennessee desde hacía un mes, probablemente seis semanas, sin embargo, el espeso césped delantero y los arriates que había tras la verja blanca de hierro forjado parecían recién regados. Las magnolias y las hojas del ginkgo se mostraban tan brillantes como dulces de Navidad en sus envoltorios. Había pozos artesianos diseminados en los seis acres de la propiedad, la cual se hallaba a cuatro manzanas al oeste de la plaza del juzgado y a mitad de la calle desde la avenida ancha. Esta se hallaba flanqueada en su mayor parte por mansiones de antes de la guerra, algunas de las cuales se erguían al sol sin ser reclamadas por nadie y sufrían la putrefacción letárgica de sus maderas.

Leland sacó un sombrero panamá de color chocolate y se secó la frente mientras su hombre, Jim Giles, aparcaba el Pontiac Eight a la sombra de un cedro gigantesco que había al otro lado de la calle. Salió y se reclinó contra el alto guardabarros del Pontiac. Era un hombre desgarrado, de expresión entre provinciana y taciturna, con una simiesca caída de brazos y un par de manos desproporcionadas, vestido con un traje azul brillante una talla menor de la que le convenía. El traje hablaba de una vida de precarias recolecciones, de ropas heredadas y estantes de tiendas de segunda mano. Giles tenía el aspecto de un pobre de solemnidad, pero no servil.

Leland se entretuvo un rato en la acera, con ese aplomo que siempre había sido natural en él, llamando la atención de cuantos se

hallaban entre las sombras del porche. No había a la vista carroza fúnebre alguna, pero ésta podría encontrarse aparcada en la parte de atrás, a fin de evitar herir la sensibilidad de la familia. *Doc* Hogarth reposaba en una de las mecedoras que colgaban de las cadenas, bebiendo limonada, al igual que Rose Heidi a su lado. Esta vez parecía estar de unos siete meses, obligada a postrarse a cada oportunidad. Habían recogido a los niños y los habían vestido de arriba abajo, así que no era broma: la delicada salud de *Priest* Howard podía haber llegado finalmente a estado terminal, después de tantas falsas alarmas que a menudo Leland ni siquiera se molestaba en responder.

Los dos chicos que rodeaban a Rose Heidi estaban aburridos y no paraban de dar guerra. Un tercer niño, el mayor de Sax, estaba por su lado leyendo un cómic de Batman. Burnell, el tipo de mantenimiento, merodeaba al otro lado de la mosquitera y del umbral que no había traspasado en veintiséis años. Era uno de esos negros que tenía toda familia con posibles y que, pasado el tiempo, adquiría cierto estatus de dignidad en las dos comunidades de Evening Shade, tanto la blanca como la de color.

Que Dios me ayude. Leland se puso su sombrero y atravesó la verja abierta, avanzando por el sendero de ladrillos hasta la casa de tres plantas que habían hecho construir siguiendo el viejo estilo, el hogar de su infancia. Un mondadientes de oro en la esquina de la boca. Un traje de mezclilla que a esta hora del día ya estaba un tanto arrugado. Había una costura rota en el ojal de la solapa derecha. Nada sería suficiente para recordar a los votantes de Tennessee lo bien que él había servido a su país: la metralla que tenía en la espalda bastaba para demostrarlo. Las heridas de guerra siempre eran un buen tema de conversación entre los VFW¹.

Su hermanastro Saxby descendía los peldaños para abordarle en el camino. Sax la había cagado hasta en cuatro ocasiones durante el último gran conflicto mundial, por tener los pies planos y ser casi ciego de un ojo. Su rostro al caer la tarde parecía rubicundo, sobrealimentado. Y su respiración era asmática.

¹ N. del T.: Veteranos de guerra que han combatido en el extranjero.

—No sabía lo rápido que podías hacerlo, Lee; decían que no se te había visto por la granja en un tiempo. Fue la gente que lleva tu campaña quien me lo dijo, en esa tribuna que han montado en Union City.

—Eso era a las siete y media de la mañana. Luego me paré en Dyersburg para tomar un almuerzo en el Rotary y conduje hasta Memphis para hacer una visita de cortesía al Jefe Crump. Allí es donde me llegó la noticia, Sax; en el vestíbulo del Peabody.

Saxby ofreció un apretón de manos. Leland conservaba unas manos duras y callosas. Cortar madera era un buen ejercicio y un beneficio añadido. Los granjeros, cuyos votos le importaban tanto como los feudos dominados por el Jefe Crump en Memphis, sentían desagrado por esos políticos de manitas mimadas, «viscosas como unos mocos en el pomo de una puerta», un dicho que Leland recordaba de su juventud. Así era como le parecían las manos de Sax, para quien la manicura era un rito que acompañaba al corte semanal de su cabello.

—¡El Jefe Crump! Apuesto a que le has sacado su aval de los mismísimos morros de Walker Weldford.

—No hay modo de llevar el oeste de Tennessee sin el Jefe —dijo Leland, cómodamente.

—¿Sabes? He estado poniendo la oreja, pero parece demasiado pronto para decir qué va a pasar por estos pagos si no tienes a la gente del *Sentinel* de Knoxville de tu parte.

—Espero tener su aprobación la próxima semana. Y te aseguro que agradezco que hayas estado perdiendo el culo por mí en las Tres Ciudades.

La habitual sonrisa de Saxby recordaba a un gesto de dolor. Miró más allá de Leland, hacia Jim Giles, inclinado sobre el Pontiac:

—¿Aún empleas a convictos para que te lleven el coche?

—Están en libertad condicional. Forma parte de mí perdonar las transgresiones de mis semejantes. A los curas y las beatas les chifla.

—¿De qué le han dado a ese la condicional?

—De un asesinato. Veinte años, ocho obligatorios.

—¿Mató a alguien?

Leland no pudo resistirse:

—Con sus propias manos. Pero James es una gran persona. Solo que de vez en cuando siente un profundo disgusto por un tío u otro.

Leland alzó la vista hacia las ventanas de la segunda planta, con las cortinas medio cerradas, de aquel enorme dormitorio orientado hacia el noroeste. Las *pyracanthas* abrazaban los muros hasta los alféizares. ¿Medio cerradas? En aquel momento, el viejo Doc Hogarth estaba sentado afuera, con su limonada de frambuesa, teñida de un color de sangre diluida, y un abanico de papel en la otra mano, cortesía de Malfitano, «Muebles de Calidad», cuyo local se hallaba en la plaza. Doc no tenía otra cosa que hacer salvo declarar muerto a *Priest* Howard; sin duda, era un trabajo sin muchos sobresaltos.

—Supongo que no he llegado demasiado tarde, tal y como están las cosas.

Sax miró hacia donde se había centrado la atención de Leland.

—Pensé que todo había terminado a eso de las dos y media; entonces abrió los ojos, e incluso dijo un par de palabras. Da la impresión de que está esperando por ti, Leland.

El labio de Leland se curvó.

—La misma canción de siempre. En una hora estará sentado dando cuenta de una buena cena.

—Échale un vistazo y ya verás como no dices lo mismo. Cada aliento que escupe puede ser el último. Estuve junto a él durante una hora y media, solo salí cuando te vi aparecer. Tenía que darme un pequeño descanso, ir al... —Sax se permitió ahogar las palabras.

—Morir puede ser un trabajo duro. ¿Quién está ahora con él?

—Mally Shaw.

—¿En serio? Pensaba que Mally se había ido a Nashville a vivir con su padre después de que William se volara los sesos.

—Eso hizo, y estudió enfermería. Vino a casa de nuevo; han pasado ocho meses, dice. Y por lo que Burnell nos ha contado, Mally ha sido un pilar fundamental para papá.

El hijo pequeño de Saxby estaba torturando a su hermana a escondidas; la niñita lloraba.

—Rose Heidi —dijo Sax con voz severa—, haz algo con esos mocosos.

—Bueno, lo único que les pasa es que tienen un calor horrible, Sax. Quieren ir dentro a ver la tele. Es casi la hora de *Howdy Doody*.

—No lo harán mientras a mi padre lo estén llamando de arriba en este mismo instante. Ten un poco de cabeza. —Sax se volvió para

dirigirse a Leland—: Iré arriba contigo. Quizá si papá tiene todavía un pie en la tierra puedas darle las buenas noticias sobre el Jefe Crump. Como siempre ha tenido tanto respeto por ese viejo hijoputa...

Leland asintió. De un bolsillo de su abrigo sacó la bolsita de caramelos que siempre llevaba encima cuando iba de campaña y repartió algunos entre los niños, que gritaban a su alrededor. Se quitó de nuevo el sombrero para saludar a *Doc* Hogarth y Rose Heidi. El ventilador que colgaba en el porche removió su ondulado cabello rubio.

—Me alegra verte otra vez —dijo Rose Heidi con lo que consideró el mínimo entusiasmo necesario para no quedar mal. Se pasó el rebujo de un pañuelo perfumado por las ojeras azules que festoneaban sus ojos oscuros y beligerantes—. Tampoco ha pasado tanto tiempo, ¿no? —Había nacido acusando al mundo por quién sabía qué, pensó Leland; y a todos los habitantes enormemente imperfectos, a ojos de Rose, que había en el mundo.

La niña, cuyo nombre Leland no podía recordar, estaba tendida en el regazo de su madre, invitando a que el alborotador de su hermano le pellizcase el culo; él, sin embargo, bailoteaba alejado de la mecedora con una sonrisita de suficiencia.

—Joe Dean, si te sigues portando así te voy a dar un azote de un momento a otro —dijo Rose Heidi.

Leland puso su atención en otra parte.

—Doc.

—Leland —asintió aquel—. Se te ve en buena forma.

Orgullosa, Leland le respondió con un gesto de asentimiento; era un hombre cuyo ego estaba siempre a la caza de una caricia en la espalda, como un gato rondando por una habitación abarrotada. Miró a Saxby, que obviamente despreciaba lo que para él era una sutil referencia a su circunferencia.

—Créeme —dijo Sax a Leland cuando ambos ascendían la curvada escalera interior—. He probado todas las dietas conocidas por el hombre y no soy capaz de perder un gramo. —Soltó un resuello—. ¿Cuál es tu secreto? —Aquello lo dijo con una mirada de soslayo. En lugar de esbozar una sonrisa forzada, sus ojos, como abejas en un panal profanado, mostraban un enorme enfado.

La luz que atravesaba la vidriera sobre la puerta de entrada vertía un arco iris sobre el lúgubre color marrón del empapelado, alumbrando las depresiones del muro a cada lado del cuarto que Sax ocupó cuando era un niño, allí donde Leland, en cierta ocasión, golpeó la cabeza de Sax.

—Mi madre —respondió Leland— era delgada como un junco. Imagino que eso tendrá algo que ver. ¿Cuánto ejercicio haces, Sax? Sin contar las ocasiones en que te follas a Rose Heidi. De todos modos sospecho que ella es quien hace la mayor parte del trabajo.

El silencio los acompañó mientras se dirigían a la habitación del padre.

—No dudaba de que saldrías con alguna observación grosera —sentenció Sax, adusto, cuando se detuvieron ante la puerta.

—¿Sax?

—¿Qué?

—Espera aquí, en el rellano, mientras doy a papá el último adiós. —Sax encorvó los hombros de mala gana. Leland, con una ligera sonrisa, añadió—: Papá no va a cambiar de idea en su lecho de muerte, no soltará un solo centavo a mi nombre.

Sax sorbió por la nariz. *Por el amor de Dios*, pensó Leland, mientras el pasado recorría en súbitas imágenes su cerebro. Sax aún sorbía por la nariz, como un niño.

—Ni tú ni yo podemos decir con certeza qué habrá en la cabeza de papá en un momento tan fatídico como este. Quizá estás infravalorando su capacidad para el perdón.

—Lo dudo mucho —repuso Leland, con una sonrisa serena y fría. Desde el exterior les llegaron el esforzado frenazo de un coche y las voces de algunos recién llegados—. ¿Más gente para plañir con nosotros? —comentó Leland—. ¿A cuántos has invitado, Sax?

—Deben de ser el pastor McClure y su mujer. —Se dio la vuelta y volvió sobre sus pasos; cruzó el pasillo chirriante en pos de las escaleras, diciendo—: Espero que te atragantes con ese palillo. —Leland dedicó un momento a analizar el humor y la actitud de Sax, luego sorbió y se limpió la nariz con un ruido exagerado que éste tuvo que oír. Lo único que pretendía era recordarle quién había sido el primero en asumir las responsa-

bilidades y quién estaba aún en la cima. Era una niñería por su parte, pero vaya si encontraba satisfacción en ello.

Mally Shaw levantó la vista cuando Leland entró en el dormitorio de su padre. Estaba sentada en una mecedora, al lado del viejo, con una Biblia abierta en el regazo. La Biblia de la familia Howard, nada menos. Pesada al tacto y con aquellas páginas que el paso del tiempo había tornado tan frágiles como las alas de una polilla. Consiguió captar de un vistazo al abrir la puerta lo que Mally había estado leyendo en alto. Los Salmos.

—Sigue, Mally —dijo Leland.

Pero, en lugar de hacerlo, Mally colocó un marcapáginas en la Biblia, la cerró, miró el rostro de Priest Howard, elevado sobre las almohadas, y se puso en pie.

—Parece que he llegado a tiempo —observó Leland.

—Alabado sea, señor Leland —dijo Mally, y dejó la Biblia en un atril próximo a la cama, donde la luz del sol, indecisa, dejó ver el oro que faltaba en el gofrado de la cubierta de cuero, ennegrecida por la grasa de los incontables dedos que la habían fatigado durante siglo y medio.

Leland admiró el perfil que Mally ofrecía con el fondo de aquella luz. Sería, supuso, unos cuatro o cinco años más joven que él. Ni siquiera un tipo que no sintiese atracción por la carne oscura —algo que nunca estuvo entre los prejuicios de Leland, desde que fue lo bastante mayor como para dedicarse a la caza— podría evitar sentirse atraído por una hembra tan linda como aquella. Era obvio que más de un hombre blanco había trepado, aunque fuera temporalmente, por las ramas de su árbol genealógico.

Leland se aproximó al viejo lecho de caoba de su padre, tan feo como imponente. En un primer momento, se sintió sacudido al comprobar lo acabado que parecía el viejo, aquel saco de huesos despojado de dientes, cuyos ojos radiantes relampagueaban en un rostro vacío, pálido como la luna. Su antiguo encantamiento empezaba a consumirse, ahora que el núcleo había perdido su eje. Tomaba líquidos y se mantenía aferrado a un hilo de vida gracias a la morfina. No quedaba nada en él que temer ni despreciar, nada de nada en aquella reliquia que, en la flor de la vida, hubiera sido capaz

de cambiar los vientos con un fruncimiento de cejas. Leland no estaba del todo seguro, alumbrado por esa tenue luz de eclipse que embadurnaba la alcoba, de que Priest Howard todavía no expeliese algo de aliento. Aun así, Leland se sintió incómodo. Vio entonces que el pecho del moribundo se levantaba convulsivamente y volvía a caer bajo el revoltijo de unos dedos entrelazados, vio también el temblor de aquellos párpados sin pestañas.

—¿Quién anda ahí? —preguntó Priest Howard, con voz flemosa, pero sorprendentemente fuerte.

—Soy Leland, papá. ¿Cómo te encuentras hoy?

—He visto... la Luz.

—¿Cómo es eso, papá?

—Hay... sombras en la Luz. Me... están esperando.

Leland, perplejo, miró al otro lado de la cama, hacia Mally, que sonreía con simpatía hacia el viejo.

—No ha dicho mucho en dos días.

La habitación estaba invadida por el mal olor, sobre todo, el de la carne humana en su tránsito hacia la tumba; aunque también había un olor bueno, refrescante: el suave y atractivo aroma que destilaba Mally.

—¿A qué luz se refiere? —preguntó Leland, con un ligero e inesperado escalofrío.

—No lo sé. Es la primera vez que habla de ello, señor Leland.

—El rostro de Mally daba cierta impresión de sosiego, pero su labio inferior se había plegado entre los dientes blancos.

Los venosos párpados de Priest Howard temblaron de nuevo. Su cabeza se movió casi de forma imperceptible sobre las almohadas.

—Acércate... Lee. Quiero verte.

Leland se desprendió del palillo y se metió en la boca un caramelo, con la idea de chuparlo antes de acercarse a la cama. Distinguió unos flecos de vello colgando de la alargada y redonda calavera de su padre, algo semejante al plumón de un pollo. Después de aquello no hubo más movimientos. Leland se encorvó sobre el viejo, sintiéndose más y más tenso, convencido de que había llegado a sus oídos el revelador sonido de la muerte, esa arenisca que subía y bajaba por su garganta. La mirada se le desvió hacia Mally, que fruncía el ceño, como si también ella hubiera oído aquello. Entonces, el viejo respiró de nuevo.

—Mally. Oxígeno.

Había una bombona al lado de la cama. Mally colocó la mascarilla sobre la nariz y la boca de Priest Howard, y abrió una válvula en la bombona. A Leland le agradó la compasión que había en sus ojos. Aquel ángel guardián se conducía con absoluto ensimismamiento. Puso las yemas de los dedos en las venas que culebreaban por las finas muñecas del viejo.

Pasó medio minuto; Mally le retiró la mascarilla.

—No puedo darle todo lo que quiere —explicó Mally—. Si le doy hasta llenarle los pulmones, se le fatiga el corazón. —Cogió una esponja húmeda y, delicadamente, la pasó por la frente del moribundo.

Leland le hizo una señal para que se apartase y se inclinó sobre su padre, quien, aparentemente, se había restablecido hasta el punto de ser capaz de mantener los ojos abiertos. Centelleaban en un azul muy pálido, bajo la fronda salvaje de sus cejas.

—¿Quieres decirme algo, papá?

—... Imposible ganar.

—¿Qué significa eso? ¿Imposible ganar qué, papá? ¿Las primarias?

—Tendría yo... que verlo.

Leland se apartó, con la sensación de que algo hervía bajo su esternón. Mordió con fuerza el caramelo, que tenía sabor a cerezas.

—Pues tengo malas noticias para ti, papá. Soy más fuerte que Wellford en todas partes. Hacia noviembre, cuando las flores se hayan podrido en tu cripta, seré el senador de más reciente elección que representará a Tennessee.

—Señor Leland... —musitó Mally, con voz casi inaudible.

—No te asustes, Mally. Siempre ha sido igual entre nosotros, ¿verdad, viejo? Una de cal y otra de arena, una vez y otra, durante toda mi vida. —Aproximó aún más el rostro al de su padre, olvidando en su ira contener el aliento, sin preocuparse de sujetar la lengua—. Todavía te duele, ¿verdad? No haberme podido forjar a tu gusto. Pues bien, a ver si te entra esto en la mollera antes de que te vayas con Jesús o con el diablo. Leland Howard es el ganador de la familia, y tú has vuelto a perder de nuevo... Tú, miserable hijoputa.

Leland no estaba preparado para recibir aquella mano que se levantó como un rayo y apretó con toda la fuerza de sus largos dedos en la garganta. Había un brillo casi feliz en aquellos ojos que habían estado apagados y distantes solo unos instantes antes.

—No. Tú... pierdes. Ladrón.

Los labios encarnados de *Priest* Howard se curvaron un poco, los tendones se marcaron en su cuello. Rodó los ojos hacia la luz de la tarde, donde se recortaba la silueta de Mally Shaw, que se interponía entre él y la luz, y Leland se zafó del apretón de su mano, indignado y humillado. Se le pasó por la cabeza, mientras el fuego hervía más y más hondo en su corazón, que tal vez el viejo había sido más listo que él, al elaborar aquel último gesto de desprecio y odio, el gesto de alguien que durante tanto tiempo había sido rencoroso y ruin.

Leland sintió la mirada de Mally sobre él mientras se enderezaba para apartarse de la cama. Los ojos de su padre se habían cerrado otra vez. De nuevo oyó la proximidad de la muerte en aquel ruido de arenisca en su frágil garganta. Inconfundible. Alguien llamó a la puerta. Sax. Leland miró a Mally, con expresión torva. Al instante, Mally bajó la mirada. Volvió a utilizar la esponja en la frente de *Priest* Howard, como si aquella ternura protectora fuera la respuesta apropiada al arrebató de Leland. Que se muriese allí mismo si no le daba la sensación de que el viejo aún sonreía. La puerta se abrió y Sax asomó su sudorosa cabeza calva al interior.

—¿Leland? Vengo con el pastor McClure.

—Vale, que pase; yo ya he terminado aquí. —No se preocupó, tan pronto como terminó de hablar, del sabor que sus palabras le habían dejado en la boca.

Mally Shaw prestaba atención a la respiración del viejo, con los dedos de nuevo en su muñeca. Pero alzó la vista por unos instantes. Había algo en el tono de Leland... Sus ojos se encontraron. Había algo también en sus ojos, algo que la había ofendido toda la vida: la mirada calculadora con que el hombre blanco tasaba su carne. Pero había otras preocupaciones que reclamaban su atención.

—¿Podría alguien llamar al doctor Hogarth para que suba, por favor? Voy a necesitarlo.

Cuando todo acabó, Mally pudo por fin abandonar la casa del viejo, que, de manera asfixiante, estaba atestándose de parientes lejanos y hombres de pro de Evening Shade, que se acercaban a ofrecerle sus respetos. Condujo su sedán, un Dodge del 41, hasta su refugio favorito en Cole's Crossing, situado en las afueras de la ciudad, siguiendo la línea principal del Ferrocarril Sur. El ferrocarril cubría toda la bifurcación sur del río Yella Dog en forma de travesaño. El Yella Dog apenas era digno de recibir el nombre de río, pues la mayor parte de las veces no tenía más que unos cuantos metros de profundidad, pero después crecía hasta cubrir unas tierras en la zona más baja del bosque, cuando caían fuertes lluvias. En otras ocasiones, era un lugar muy bonito para ir a merendar a sus orillas, bajo la sombra de los altos nogales y las pomíferas.

El sol ardía como un carbón al rojo, casi desplomado sobre el horizonte, envuelto en una mortaja de polvo atmosférico; en aquella luz desvaída, salpicada por bandadas de pájaros, Mally aparcó el coche en el estrecho camino de grava, a unos cien metros al sur del sendero. En la cuneta que había frente a la curva del río yacían los restos de un viejo hotel, erigido para los constructores del ferrocarril, con los muros agrietados y el tejado a punto de derrumbarse, y una iglesia aún activa de la comunidad de raza negra, cuyo escuálido campanario blandía una silenciosa campana oxidada. Tras la iglesia se extendía un terreno utilizado como cementerio donde estaban enterrados el difunto marido de Mally, William, y una multitud de parientes de ambas ramas de la familia.

Esperando atrapar algo de aire, Mally dejó la puerta del coche abierta en el lado del conductor, mientras la luz del día, ya casi extinguido, se fundía en el agrietado parabrisas. Disfrutó de un Chesterfield, pensando en su futuro: sobre todo, ahora que ya no iba a cuidar de *Priest* Howard, que Jesús se apiadase de su solitaria alma. Mally aparecía en los registros como enfermera, pero no había demasiadas llamadas para requerir sus servicios, al menos, en la localidad. El médico que dirigía la clínica del condado, donde se atendía a negros indigentes —lo cual era más que una redundancia, en uno de los condados más pobres de los cuarenta y ocho estados—, contaba con ella. Pero el sueldo era de

unos miserables mil quinientos dólares al año; al margen de pagas tan escuálidas, que la llevaban a fluctuar en torno a la inanición, Mally consideraba que el médico que estaba al cargo era un incompetente, aunque, en lo que a ella incumbía, no tenía el humor para iniciar una cruzada. El hospital John Gaston de Memphis pagaba mejor, pero, o bien tenía que encontrar en Memphis un lugar donde vivir, o no le quedaba más remedio que conducir unos ciento treinta kilómetros entre la ida y la vuelta durante seis días a la semana. Mally tenía sus dudas de que el viejo Dodge pudiera sobrevivir a muchos viajes así: las ruedas estaban gastadas, y esa vibración en la parte delantera cada vez que ponía el coche más allá de los ochenta kilómetros por hora. Las facturas por cada reparación se la comerían viva.

Por otro lado, la mera idea de impartir clases en el Instituto de la Comunidad de Evening Shade la deprimía. Podía enseñar física o matemáticas, pero la escuela no ofrecía ni siquiera cursos básicos de matemáticas o física. En opinión de Mally, aquello era una auténtica desgracia y las consecuencias no eran pequeñas para quienes se graduasen en la escuela: ninguno cumpliría los requisitos necesarios para ser admitido en las universidades del estado de Tennessee, ni aunque tuvieran dinero para recibir una educación superior. Para más vergüenza, el techo de la escuela se estaba rajando, había ratas, la biblioteca consistía en un estante olvidado en una habitación fría y húmeda, y los lomos de los libros se desprendían de los viejos volúmenes de texto que había almacenados en su interior.

Los búhos ululaban en los robles de Virginia, el radiador escupía su siseo mientras se enfriaba. Mally se sentó de lado en el asiento, apoyando las sandalias que calzaba en el estribo. Se sentía agotada, molida. Y la vencía una oscura sensación de culpa, como si de alguna forma le hubiera fallado a *Priest* Howard. Luego vino aquel momento tan desagradable que había protagonizado con su hijo Leland en su última hora... ¿No podía haberse ahorrado la indignidad de esa visita? Aunque daba toda la impresión de que *Priest* Howard había deseado que aquello sucediese, a juzgar por lo que había insistido en que su niño mimado, separado de él, estuviera a su lado antes de que rindiese el espíritu. Solo para tener el placer de llamar a Leland... ¿qué?: ladrón.

Mally no tenía la menor idea de qué podía haber quedado en el aire en la beligerante relación que padre e hijo mantenían capaz de explicar aquello. Pero, fuera lo que fuese que hubiera pesado tanto en la mente del viejo, lo cierto es que durante las últimas semanas de lucidez a Mally no le había explicado nada de ello.

A pesar de lo cual, bien podría ser que el señor Leland estuviera pensando ahora en la mirada que había dedicado a Mally.

El todopoderoso hombre blanco y su mirada libidinosa: siempre atraían problemas. El palillo de oro y los zapatos en dos tonos; debía pensar que tenía estilo. Pero Mally tenía cierta experiencia en percibir a los que no convenían, esos hombres con un historial de conquistas sin destino en el juego amoroso.

Mally se aflojó una de las tiras del sujetador, que le apretaba demasiado bajo el vestido. Terminó su cigarrillo y apagó la colilla en la grava, encogió los hombros, incómoda. Miró el cielo, teñido de un azul oscuro, ahora que el sol había desaparecido. El aire parecía estar enfriándose, pero no se movía; Mally aún lo sentía en su piel de ébano, tan espeso como pintura húmeda.

Consideró que había aún luz suficiente para dar un paseo por el camino y visitar la parte trasera de la iglesia para saludar a William. No estaría bien encontrarse casi allí y no molestarse en acudir al cementerio. Porque Mally no era de esa clase de personas que se culpaban por todo. Su cólera había desaparecido hacía tiempo, pero la tristeza aún seguía ahí, y siempre estaría, aunque a cierta distancia, lejos de ser un tormento. Con todo, le quedaba mucho dolor que un día u otro tendría que superar... Debía ir.

Mally oyó el aullido de un perro, no demasiado lejos, cuando salió del coche. El sonido la hizo temblar. Era un temor que surgió en su infancia y era característico en aquellos que podían ser cazados con facilidad. En ese tiempo, un par de años después de La Guerra —Mally no pensaba en Corea como «una guerra» más, teniendo en cuenta todo lo que habían tenido que pasar solo seis años atrás—, rondaba por Evening Shade y el condado vecino una auténtica jauría de perros salvajes. No serían menos de treinta. Mataban al ganado y a todos los animales domésticos que no les veían venir. A una anciana blanca, que llevaba el delantal repleto de judías, la habían arrastrado por un porche desvencijado, cubier-

to con su mosquitera, y la habían destrozado en la puerta de su casa, mordida una vez y otra por los perros salvajes, que se bebieron su sangre a lengüetazos en los mismos cimientos del suelo. Varios tiradores de primera de la oficina del *sheriff* consiguieron exterminar a la manada, pero poco después de aquello corrió la voz de que se había formado una nueva manada de perros sueltos y que había sido avistada cerca de una granja de caballos, en las proximidades de Worthington Pike. Un potrillo había sido desmembrado en el cercado.

Un lugar, sopesó Mally mientras rodeaba el armazón sin pintar de la iglesia, que aún tenía algo de envejecido jalbegue aferrado tercamente a él, como el liquen a las rocas, a unas tres millas, mientras los cuervos sobrevolaban el camino de Cole Crossing.

Oyó el ruido de la grava y un pesado susurro en el camino que había tras ella. Se volvió y distinguió a un muchacho rubio encorvado sobre el manillar de su bicicleta, pedaleando con todo su vigor, la camisa desabotonada ondeando en el aire al hacer un viraje brusco, para evitar la puerta que Mally había dejado sin cerrar. La luz titubeaba en el guardabarros de la bici. La aparición repentina del muchacho hizo que una momentánea sensación de frío recorriese el cuerpo de Mally; el cabello se le erizó en la nuca, pero el muchacho no se entretuvo siquiera a echar un vistazo. Por lo visto, tenía prisa por llegar al sitio al que se dirigía. Mally escuchó con toda atención, pensando que podría haber otros detrás de él, y deseó haberse acompañado de la linterna que tenía en la guantera. El tubo era de acero; de algún modo, podía considerársele un arma.

Pero por ahora no se trataba más que de un chico blanco, que ascendía por el camino hacia las líneas del ferrocarril y ya había salido de su ángulo de visión, no de varios que pudiesen actuar como bravucones para demostrarse algo los unos a los otros si la veían allí, completamente sola.

No estaba de más recordarse que incluso un adolescente podía ser demasiado, dependiendo de su tamaño, en tales circunstancias.

Date prisa, vamos, se dijo Mally. Haz tu visita y lárgate.

El *Dixie Traveler*, con destino a Washington, D. C. y procedente de la estación Memphis Union, un tren que cada noche salía puntualmente a las ocho y media, debía llegar a las nueve y cuatro minutos a Cole's Crossing, segundo arriba o abajo. Mally había estado detenida allí más de una noche, tratando de recuperar fuerzas tras un duro día atendiendo a Priest Howard, cuando el tren pasaba como un relámpago por el cruce sin vigilancia a ciento diez kilómetros por hora. Mally veía la fugaz impronta de los rostros en el vagón restaurante y a veces imaginaba con un prurito de nostalgia que era ella quien estaba a bordo de uno de aquellos vagones de color rojo, repanchigada con el sándwich que habría comprado en el bar y revistas para leer, sabiendo que una nueva vida la esperaba al otro lado de la vía..., pero su imaginación nunca llegaba tan lejos. Se bajaba en Washington, o Filadelfia, o Nueva York, sin conocer ni un alma en toda la ciudad, solo con cincuenta dólares en el bolso. *¿Y luego qué, Mally?* Detestaba el vacío que ofrecía aquel interrogante, el miedo que se le abrazaba a los huesos. *¿Por qué no tenía agallas para abandonar aquel lugar, tan triste que casi podía partírle el corazón?* Vale, era la frasecilla tópica de siempre, porque al fin y al cabo un corazón no podía «partirse»; no, en todo caso se pudría hasta la raíz, de echar en falta tantas cosas, hasta que la sangre se te volvía pálida como el mercurio, y llenaba los abismos de la memoria y el resentimiento. Para Mally, la pesantez de sus ojos procedía de las lágrimas que no había derramado.

Al besar la lápida de William e incorporarse de su tumba, cosa que se avino a hacer solo tras arrancar algunas hierbas, Mally oyó el aullido del *Dixie Traveler*, aquella voz lejana e imponente, y supo que el *Traveler* estaba a dos millas, pasado ya el cruce de Watkins. Más tarde, superada la modesta estación de Evening Shade, el *Traveler* se detendría un minuto y medio en Corinth, y no lo haría de nuevo hasta llegar a Chatanooga. Mally se dirigió aprisa hacia el coche, mirando aquel camino donde las vías de metal, si ponías la oreja en una de ellas, emitirían una vibración melódica, procedente de la energía del tren que se aproximaba.

El cielo era ahora una pizarra; unos árboles enormes levantaban su afilada silueta contra la luna creciente, que comenzaba a dominar el cielo y las pocas estrellas que se espolvoreaban en él.

No había demasiada luz, apenas para intuir la figura del muchacho a unos cien metros de ella, en una elevación que bordeaba el sendero del ferrocarril, y la bicicleta desplomada junto al camino que había detrás. Estaba de espaldas a Mally, mientras ésta se introducía en el coche y deslizaba las piernas bajo el volante. El chico no se volvió cuando la puerta se cerró de golpe. Siguió de pie, al lado de las vías que culebreaban en dirección norte, con las manos en los costados. En su cuerpo esbelto, la camisa blanca se asemejaba a una bandera arriada, cuya palidez aparecía unguada por la luz verde procedente del puente de paso, frente al travesaño.

Bueno, ¿y por qué no ha cruzado al otro lado?, se preguntó Mally. ¿O acaso había pedaleado todo el trecho con aquella vehemencia para estar allí cuando pasase el *Dixie Traveler*, porque era un observador de trenes con tanta imaginación como ella?

Pero, para Mally, el muchacho se había situado peligrosamente cerca de la vía, y en su quietud —había encendido las luces del coche para verle con un poco más de claridad, a pesar de la distancia— parecía prepararse para entregarse a algo, al enorme poder de un motor diésel.

Mally no giró la llave de contacto. Oyó un desagradable ruido en su estómago, que le recordaba que no había comido nada desde las primeras horas de la mañana. Y también punzaba su pecho una pequeña inquietud, un sentimiento de premonición, mientras miraba al chico rubio con sus vaqueros cortados. No había señal alguna procedente de él, ni el menor movimiento, que indicase que era consciente de que le estaban observando.

¿Pero qué es esto?, pensó Mally, un poco enfadada consigo misma. Liberada más pronto de lo que había esperado del inevitable fin de *Priest Howard*, la muerte aún estaba en su mente y en sus fosas nasales, y era aquello lo que, sibilamente, trataba de indicar que había algo amenazador en un chico de campo que esperaba a que pasase el tren, y nada más...

Mally encendió el motor, que tosió hasta cobrar vida, zarandeándola en el proceso. La atención de Mally, sin embargo, aún estaba prendida en el chico que había en la empalizada del ferrocarril. Había vuelto la cabeza hacia el oeste y vertía la mirada vías abajo, mientras el faro del *Dixie Traveler*, que ya rodeaba la larga curva en

Half Mile, dibujaba con su potencia ciclópea la silueta de los cables del telégrafo que se alineaban los lados del camino, arrancando destellos al tanque de agua y al depósito de carbón, que, ya sin uso, se apoyaba sobre sus patas herrumbrosas. El rostro del chico también fue rebozado por la luz. Estaba demasiado lejos de Mally como para que ésta pudiera juzgar apropiadamente el aspecto que tenía, pero al tratar de adivinar su edad, supuso que tendría unos catorce años, y que debía de medir casi un metro ochenta, tras aquel aspecto desgarrado que parecía haberle quedado tras su último estirón.

Pisó el embrague y soltó el freno de mano, y luego avanzó marcha atrás para dar media vuelta. El chico no podía ignorar que ella se hallaba allí, pero no prestó atención. Estaba completamente centrado en la vertiginosa locomotora, cuando...

...Puso un pie sobre una de las traviesas de la vía, luego el otro pie en la otra y se tendió boca abajo en la ruta del *Dixie Traveler*, con los brazos extendidos suplicantemente, como rezando a una deidad colérica.

Mally cambió la marcha, de atrás a primera, y el viejo Dodge viró sus enormes ruedas en los surcos de grava y barro; luego marchó hacia delante, con el acelerador apretado hasta el fondo. Cien metros más allá, y podría ver el motor diésel, verde y blanco, de la «barnizada» —como los constructores de ferrocarril de otros tiempos llamaban a los trenes de pasajeros de lujo—, por el rabillo del ojo, moviéndose, oh, Señor, demasiado deprisa como para frenar a tiempo, incluso si desde la elevación de la cabina, el maquinista, o el encargado del carbón, divisaban al chico allí tendido.

Mally apretó el claxon, que era bastante débil, y gritó, lo cual nadie oiría, mientras corría contra el *Dixie Traveler* para llegar hasta el cruce, allí donde el chico se había tendido a entregar la vida. Recordó a su tío Cletus, que había trabajado en la L&N y acabó destrozado por una caída desde una viga mal acabada una noche gélida; recordó que le daban la comida mientras se encontraba sumergido en un montón de almohadas ante la mesa durante las reuniones familiares, pero, oh, Dios, ¿quién era el chiquillo aquel que ansiaba ser destrozado o morir de un modo tan horrible, qué le había hecho la vida para que la odiase tanto?

Mally hundió el freno en el cruce y salió a toda prisa del sedán, mientras, como un trueno fatídico, resonaban en sus oídos el aullido de la sirena y los cuatrocientos caballos de energía de la máquina, que casi la cegaba por completo con la luz que derramaba sobre ella. Y supo que nunca llegaría a tiempo hasta el cuerpo inmóvil del muchacho, que, con la cara contra el suelo, yacía a treinta metros de donde ella se encontraba, la parte superior de la cabeza apenas visible, pues se hundía con tanta fuerza entre los raíles que daba la impresión de que estaba mordiendo el balasto.

Mally se apartó al recibir el furioso estallido de aire en la cara y estrelló un puño en el capó de su coche; luego enterró los sollozos que le sobrevinieron en las palmas de las manos, inclinada sobre el guardabarros, mientras la arenisca explotaba en sus brazos desnudos y la envolvía el polvo que flotaba por todas partes...

Pasó el tren, y Mally alzó lentamente los ojos en su dirección, hacia aquellas luces rojas que se iban haciendo más y más pequeñas en lo alto del redondeado extremo del vagón restaurante; el pesado traqueteo del peso del *Traveler* sobre el travesaño la hizo volver en sí.

No podía mirar el suelo, sacar arrestos para buscar los restos dispersos en las proximidades del lugar donde el chico se había tendido, supuestamente para ser destruido.

Vertió unas lágrimas para aclarar la arenilla que se le había metido en los ojos enrojecidos. Se sentía arrastrada por una suerte de fuerza drenadora, un cansancio tan absorbente que Mally podía haberse desplomado junto a su coche y quedarse dormida en un instante.

Pero, en lugar de eso, Mally se limpió los ojos y tomó aire, conteniéndolo con fuerza mientras rodeaba la parte delantera del Dodge para asegurarse. Había dejado el coche escorado en mitad del camino, bajo el lúgubre tinte amarillento de los faros, donde se apelotonaban los insectos, Mally vio al chico alzarse de las vías, apoyándose en una rodilla.

El corazón se le subió a la garganta, como si una noche terrible se hubiera visto sobresaltada por los relámpagos.

Los brazos del chico, al igual que su camisa, estaban veteados de negro. Sangraba por la nariz y por la boca, pero no eran más

que unos hilos. Cuando intentó incorporarse, se tambaleó y giró sobre sus talones; después entreabrió los ojos. Fue entonces cuando miró adelante, hacia las vías lejanas, no del todo consciente, pero, por lo que Mally podía observar, de una pieza.

Mally siempre tenía a mano un botiquín de primeros auxilios. El que llevaba en el Dodge contenía un frasquito de sales. Cuando regresó con el botiquín, el chico se apoyaba en las manos y las rodillas. Mally le ayudó a sentarse sobre el balasto y le pasó la botellita de amoníaco bajo la nariz. Sintió entonces que la fuerza regresaba al cuerpo del chico, y éste levantó la cabeza de un tirón, con las facciones deformadas en una expresión estremecida. Mally le atenazaba el brazo con demasiada fuerza, no podía evitar mostrarse enfadada con él, y no se le pasaba por la mente dejarle ir hasta que no le diese alguna explicación razonable por lo que ella consideraba ahora una proeza aterradora, además de insensata. Los latidos de su corazón habían empezado por fin a relajarse.

Mirando el espacio entre las vías donde el chico se había tendido —por no decir encajonado— cuan largo era a aguardar el paso del tren, reparó en la presencia de una especie de herramienta afilada, probablemente una azuela, la cual, por lo visto, había sido empleada recientemente para abrir un boquete de varios palmos en tres de las traviesas, cada una de las cuales, cubiertas con una cumplida mano de creosota, debía medir cerca de cuatro centímetros cuadrados. No cabía duda de que había sido una acción tan arriesgada como poco sensata, porque si aquellas débiles traviesas se rompían con el peso del tren, los raíles podían soltarse, enviando a la docena de vagones del *Dixie Traveler* en dirección opuesta al sendero, directo al Yella Dog. No hacía falta decir la pérdida de vidas humanas que aquello hubiera supuesto.

—Mírame —ordenó Mally, poniendo la tapa a la botella de sales. La niebla casi había desaparecido de los ojos verdes del chico.

Con la cabeza inclinada sin fuerza y el aliento resollando en su boca, el chico levantó la cabeza en un gesto de exaltada vehemencia juvenil, llena de impertinencia, quizá porque acababa de reparar en ese preciso momento de que era una mujer de color quien se estaba dirigiendo a él.

Pero Mally no empleaba ningún tono en particular:

—No sé quién eres, pero he visto lo que has hecho a las traviesas de las vías. Has sido tú, ¿verdad? —Un movimiento descendente de la mirada del chico confirmó sus palabras. Apretó los dedos con más fuerza—. Dios no mostraría piedad contigo si hubieras hecho descarrilar ese tren esta noche, algo en lo que, supongo, no te paraste a pensar ni un segundo mientras jugabas a hacerte el valiente.

Al menos no había tratado de matarse a sí mismo, como había sospechado al principio. Pero Mally tampoco tenía ahora mismo el temple adecuado para conducirse con magnanimidad.

El chico se pasó el dedo índice de la mano que tenía libre por el corte de su labio inferior. Brotó más sangre. El pecho aún palpitaba, llevado por el escalofriante y huidizo recuerdo de haberse zafado por los pelos de la muerte. Su cabello rubio necesitaba un lavado. Su piel brillante, seca, pero bañada en un sudor adolescente, olía a diésel y a tabaco. Ya fumaba; había un cigarrillo deshecho en su oreja derecha. A pesar de las apariencias, Mally no creía que procediera de una familia sin recursos. Llevaba un anillo de oro con un pequeño diamante engastado —aunque, claro, también podía ser robado—, y una muñequera identificativa. Era toda una moda entre los chicos en aquellos días.

Trató de zafarse de Mally, huir de ella. Pero Mally era capaz de controlar cualquier fuerza que hubiera regresado al cuerpo del chico: no era la de un niño, ni la de alguien ya entrado en cierta madurez, pues todavía era mucho más hueso que músculo. El vello de su cuerpo era suave y de un color rubio, dorado por el sol.

—Estate quieto. Soy enfermera y necesitas atención.

Durante quince minutos no había habido nada de tráfico en la carretera, pero en aquel instante apareció una ranchera, que se detuvo en el cruce de la cuesta. Había dos hombres vestidos con monos, sentados en los asientos delanteros, y un perro ladrando en el remolque. Mally alcanzó a reconocer al hombre que se había inclinado por el hueco de la ventanilla de la cabina preguntando si podía ayudar en algo. Estaba casado con una amiga de la infancia de Mally.

—Se ha caído de la bici, pero creo que estará bien, Cuffy. ¿Alguno de vosotros conoce a este chico? Por ahora no parece que pueda mover la lengua.

No le conocían, y siguieron su camino. Mally se dirigió al chico, que no cesaba de retorcerse:

—Hay que hacer algo con esa nariz, todavía te sangra. Echa la cabeza atrás, así—le demostró cómo hacerlo—, y apriétate los lados del puente con el pulgar y el índice, hasta que la sangre se detenga. Eso es. ¡Señor, en toda mi vida he visto a nadie tan estúpido como tú! Por favor, dime que esta es la primera y última vez que haces el idiota de esa forma.

La miró con un ojo, apretándose la nariz y manteniéndose impassible mientras Mally vertía alcohol en un pedacito de algodón y le limpiaba las aletas de la nariz y el labio superior. Antes de que hubiera acabado, el chico volvió a revolverse y trató de ponerse en pie. Miraba su bici, cuya mitad, según podía ver, asomaba bajo el capó del coche de Mally. Ella ni siquiera se había fijado en dónde se hallaba la bicicleta, ansiosa como estaba de llegar hasta él antes que el *Traveler*. Pero había perdido la carrera y probablemente la bicicleta había quedado inservible. Fuera como fuese, volvió a sentar al chico de un tirón.

—¡Móntame más follón y te juro que te llevo a rastras hasta el *sheriff*! Estoy cansada, y si te interesa saberlo, he tenido un día muy duro, al margen del miedo que me has hecho pasar. Me llamo Mally Shaw, por si no lo he dicho antes, y en el caso de que te quede un poquito de cortesía, podrías decirme quién eres.

Mally esperó, sin decir una palabra, con una quietud que transmitía una señal de protesta. Por fin, suspiró:

—Vale, tú sigue así. Puedo averiguarlo, si me da la gana, y soy muy cabezota. Tengo que avisar a los del ferrocarril de lo que ha pasado aquí, por si acaso los tipos que revisan la vía no dan con estas traviesas estropeadas a tiempo de evitar un accidente.

Aquella advertencia pareció inquietar al chico más que el hecho de que le hubiera pasado por encima todo un tren de pasajeros.

Mally echó un vistazo al anillo, un objeto ciertamente extraño para que lo llevase un chico de su edad, y la muñequera de plata que lucía.

—Y lo del *sheriff* va en serio.

Quizá debería haber sido más cauta; quizá tenía que haber invitado a los tipos de la ranchera a quedarse allí durante un rato, hasta que ella acabase con los cuidados. Pero no creía que el chico

fuera malo, y menos aún una amenaza para ella. Solo estaba impaciente, y si era un peligro, lo era para sí mismo. Nada en él sugería un carácter violento. En ese aspecto, Mally confiaba en su instinto. Y bajo la capa de mugre, el chico tenía facciones atractivas.

Cambió de mano para tomarle la muñeca izquierda, que volvió para leer el nombre grabado en la muñequera identificativa a la luz del viejo Dodge.

—Así que te llamas Alex. ¿Tanto te cuesta abrir la boca para decírmelo?

Los labios del chico se comprimieron; sacudió la cabeza, y un par de gotas de sangre de su nariz salpicaron a Mally.

—¡Ten cuidado, hombre, mira lo que has hecho! —Le soltó—. No quieres mi ayuda, ¿no?, muy bien, por mí vale.

Mally se dio la vuelta para cerrar su botiquín de primeros auxilios y se asustó cuando el chico le puso una mano encima. Pero la soltó con idéntica rapidez; Mally no pudo dejar de ver la súplica que había en sus ojos. ¿Una súplica de qué? Fue entonces cuando se dio cuenta de que quizá no estaba negándose a hablar por cabezonería. A lo mejor no tenía la facultad de hablar, a lo mejor no podía responder o explicarse por sí mismo. Si era mudo, qué duro tenía que ser algo así para un adolescente.

Bajando la vista hacia él, Mally hizo un ademán con la cabeza:

—¿No puedes hablar?

Alex asintió.

—¿Siempre ha sido así?

Esta vez el chico negó con la cabeza.

—Irás a la escuela, por lo menos; ¿sabes escribir? —Sí.— Si hay algo que quieres decirme, ¿me lo escribirás? —Sí—. Ahora vengo, Alex.

Mally reparó en lo débiles que eran las luces de los faros; la batería estaba en marcha, lo más probable era que el motor se hubiera ahogado cuando derrapó al detener el vehículo. Mientras se dirigía a encenderlo de nuevo y mantener así cargada la batería, miró bajo el parachoques para ver los posibles daños que había sufrido la bici. Parecía que era una Schwinn casi nueva, azul y blanca, lo que había quedado atrapado bajo la rueda derecha. Un pedal se había salido, la cadena estaba suelta, y el guardabarros se había doblado hasta

perder la forma original. Al fin y al cabo, por esta noche el chico no iba a ir en bici a ninguna parte.

Sacó un cuadernillo de espiral del bolso que había dejado en el asiento delantero y regresó adonde estaba sentado Alex, que se abrazaba a sus rodillas y volvía a inclinar la cabeza para mantener la nariz levantada. El labio inferior se le había hinchado; Mally supuso que se lo habría mordido durante los quince segundos de terror extremo que había pasado bajo el *Dixie Traveler*. Era sorprendente que no se hubiera manchado también los vaqueros.

Mally le tendió el cuaderno y un lápiz.

—Escribe ahí lo que quieras hacerme saber. Dónde vives, quién es tu familia.

Alex cogió el cuaderno, vaciló, luego garabateó la página a toda prisa con un par de palabras y de nuevo entregó con impaciencia el cuaderno y el lápiz a Mally. Se lamió el labio cortado, y se encorvó aún más, doblándose en sí mismo, en un evidente gesto de descon-suelo.

!!! ESTÁN MUERTOS!!!

Mally se quedó mirando las palabras que Alex había escrito a vuela pluma, luego lo miró a él, y, de golpe, todo había cambiado para ella.

—Pero eso no es motivo para que pierdas la vida, ¿verdad? —le dijo a Alex—. ¿Qué es lo que quieres demostrar?